

REFORMA SIGLO XXI

## La casa del Dr. Eduardo Aguirre Pequeño (La casa de la montaña)

■ ■ David Aguirre Cossío\*

En el municipio de Santa Catarina, Nuevo León existe un paraje llamado “La Huasteca”, a 20 kilómetros de la ciudad de Monterrey, conocido por sus colosales montañas. Situado en el Parque Nacional Cumbres, forma parte de la Sierra Madre Oriental y es uno de los monumentos naturales único en nuestro país, admirado por la belleza de sus riscos naturales y caprichosos, semejando catedrales góticas.

El Cañón de la Huasteca es una roca grafitica y por las formas escarpadas y caprichosas, llama la atención de los montañistas y de los escaladores, además ahí se ejercitan ciclistas de montaña y caminantes.

Las montañas de la Huasteca son inspiración de muchas personas, escritores, pintores, poetas y músicos; por algo, Paulino Paredes, uno de los grandes de la música clásica mexicana, le compuso una sinfonía a la que denominó “Cañón Huasteca”.

Los acantilados de la Huasteca son espectaculares y mágicos. Hace millones de años fue un mar, por lo que no es raro encontrar restos de fósiles y *amonites* (moluscos enclavados en la roca); y decimos que es mágica, ya que los huicholes (*wirikutas*) han acudido en caminata por más de 600 años, ya que, en su cosmovisión, la Huasteca es el origen del mundo; para ellos es un lugar sagrado donde comenzó la formación de la Tierra.

En una de las montañas de la Huasteca se encuentra enclavada una construcción rústica de tres niveles que armoniza con la naturaleza, esta construcción es la que gente conoce como “La casa del Dr. Pequeño”.

En los años cincuenta, en un terreno propiedad de nuestro padre, en lo alto de la montaña, al ver el magnífico espectáculo en un lugar al que él llamó

“Puerto del Aire” o “Nido de las Águilas” nos dijo: “Hijitos, este mirador es precioso, el panorama es maravilloso, vamos a construir una casita”. Y así, diciendo y haciendo, todos con mucho entusiasmo nos pusimos a aplanar la tierra y a trabajar durante varias ocasiones; después se unirían varios trabajadores que siempre apoyaron a mi padre: Simón, Diego, Tiburcio, Nacho, Beto, Tacho, Nicanor y Adán, que ayudó a construir el camino para subir el material. Pasarían cinco años para que la casa estuviera terminada con tres niveles y una vista espectacular.

Mi papá disfrutaba ir a la casa de la montaña, a veces acompañado de nosotros, a veces de mi mamá, en otras ocasiones iba de nuestra quinta familiar a la casa de la montaña caminando o en bicicleta o a caballo o en el jeep. Cuando la ocasión lo ameritaba iba solo, ya que tenía que estudiar, presentar algún trabajo, meditar o reflexionar, tocar guitarra, escuchar música o disfrutar el panorama.

Mi padre, un día inspirado por la belleza del paisaje, le dedicó un poema:

*Aquí en el manantial en la Huasteca,  
en medio del silencio de la tarde,  
interrumpido sólo por un viento suave  
me puse a meditar pensando en el futuro  
según la geriatría lo advierte  
y nos hace vivir los años más maduros.*

*Aquí en el manantial en la cuchilla,  
entre anacuas, granjenos y mezquites  
mis pensamientos se inspiran.  
Castillos son en el aire porque no se cristalizan  
mas no me importa el qué digan  
si siempre frescos los llevaré mientras viva.*

En otra ocasión, mi padre, científico evolucionista, escribió en una Semana Santa, precisamente un sábado de Gloria un poema muy espiritual:

\*Médico Cirujano O.R.L. Escritor de artículos de medicina, salud y deporte.

*Transeúnte, detente y dirige tu mirada al  
horizonte,  
hacia el poniente  
y en el fondo de eólico agujero  
una imagen a la vista se presenta  
con los brazos abiertos,  
símbolo de fraternal amor entre los hombres  
y al contemplar su mística figura  
una voz al oído te replica  
es Aquél que aconsejó cordura,  
la evocadora imagen del Maestro.*

A mi padre le imponía la quietud de las montañas, la majestad de la sierra y en alguna ocasión escribió: “Escalando la montaña, inspirando en Leonardo da Vinci, tuve el placer de admirar en toda su amplitud lo que significa el retiro solitario, propicio para la ensoñación reparadora, como dijera Gonzalitos: para la meditación profunda y la contemplación sublime de la naturaleza que explica por qué el Templo de Esculapio estaba situado cerca de los manantiales en donde acudían los enfermos en busca de salud”.

El Dr. Luis J. Galán Wong, quien fuera director de la Facultad de Biología de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), refiere en la introducción de la biografía del Dr. Aguirre Pequeño que mi padre

era “miembro de una generación histórica que dejó grandes contribuciones a la ciencia, a la cultura y a la sociedad del estado de Nuevo León. Eduardo Aguirre Pequeño, como explorador, pionero y fundador de la ciencia y la academia, fue un hombre que subió a la montaña para construir, movido por una motivación fundamental, el conocimiento de la vida en todas sus expresiones: la vida humana, la vida animal y la vida vegetal”.

Nuestro padre fue un hombre muy alto, de complexión atlética, fue médico, investigador, científico, historiador, forjador de estructuras académicas, luchador social, Maestro Emérito, Doctor Honoris Causa por la UANL, Premio Humanitario Luis Elizondo, Premio Guggenheim (beca), Premio Cívico Estatal en el área científica, además de Benemérito de la Educación, en fin, era un hombre multifacético que estudió solfeo y música a profundidad, siendo atleta importante en la juventud y deportista toda su vida.

La casa del Dr. Pequeño se mantiene erguida desde los años cincuenta como un testimonio vivo, como recuerdo al ilustre científico que siempre procuró el bien de la humanidad.



La casa de la montaña